

El feminismo como un discurso de poder

Anna Maria Villalobos Ibarra

Escribir, de pronto, parece una tarea absurda, vacua, banal. Una tarea que se parece más bien a un hobby, un gusto, a una tontería. Escribir, ¿para qué escribir? Se escribe, o más bien, escribo, por imposición. Hay algo que me demanda, me mueve, me obliga a hacerlo. Escribo por urgencia. Porque creo que de otro modo sería imposible explicar, comunicar y transmitir lo que siento y veo; lo que pienso y todo aquello que me inquieta. Lo que me quita la paz. Escribo, sobre todo, para denunciar las mentiras que yo misma me he creído, para distanciarme de lo que he tomado por absolutamente obvio. Escribo para frenar la fuerza de los discursos que me someten bajo su fuerza imperceptible. Para eso se escribe, para agarrar a los discursos por el cuello, para emboscarlos y poner en pausa, de un modo desconocido, su atemorizante poder. En este breve texto escribo sobre los discursos que se tejen y perfilan *con* y *en* el lenguaje. Y en específico, deseo analizar de la manera más honesta y clara posible un discurso que me apasiona y atormenta, un discurso importante, férreo y actual: el discurso feminista.

Mi intención es, pues, *tematizar*, esto es, detenerme a analizar el discurso feminista, que es – según yo misma lo identifico– un discurso *liberador*. Por liberador entiendo aquellos discursos (cualquiera que sea) que aspiran a combatir el poder, sea político, sexual, económico, religioso, etc. Estos discursos *liberadores* pretenden no sólo luchar contra el poder por considerarlo injusto, abusivo, represivo; sino que manifiestamente desean “salirse” de él. El feminismo es, en resumidas cuentas, ese discurso que aspira a combatir el poder político, sexual e históricamente ejercido por el sexo masculino sobre el sexo femenino. El feminismo desea, justamente, *liberar* a las mujeres del yugo patriarcal.

El patriarcado, en sentido literal, significa el *gobierno de los padres*. Históricamente, el término ha sido utilizado para designar un tipo de organización social en el que la autoridad la ejerce el varón, jefe de familia, dueño del patrimonio, del que formaban parte los hijos, la esposa, los esclavos y los bienes (Fontenla, 2008). Es un gobierno de fuerza masculina, que desestima todo aquello relacionado a lo femenino y, por consiguiente, a las mujeres por considerarles débiles, sumisas, frágiles y seductoras. Las mujeres son objeto de deseo y de odio. Son pertenencias a las que hay que cuidar, pero también bestias a las que hay que someter. Y es, justamente, a partir del orden de lo *patriarcal* que se establecen relaciones, funciones y actividades específicas a cada sexo.

Es el feminismo el discurso que confronta al *supuesto* poder inapelable del patriarcado. Le frena en su fuerza, para cuestionarle sus principios y orígenes, sus supuestos y sus prejuicios enmascarados de una falsa naturaleza. Así pues, el feminismo se constituye como la contraposición que *libera*, ya

no sólo a la mujer, sino también a los hombres, de un orden social que establece reglas estrictas de lo que cada sexo debe ser y de lo que le está prohibido a cada uno. Ahora bien, el feminismo es un movimiento que comienza a conformarse a finales del siglo XVIII y que supone la toma de conciencia de las mujeres como grupo colectivo humano de la opresión, dominación y explotación de que han sido y son objeto por parte del colectivo de varones en el seno del patriarcado que las mueve a la acción para la liberación de su sexo con todas las transformaciones de la sociedad que ella requiera (Sau, 1990, pág. 122). El feminismo es también un sistema de ideas –un discurso– que pretende cuestionar, analizar y transformar la asimetría de las relaciones sustentadas en la opresión sexual de las mujeres. A pesar de que el feminismo no es homogéneo, y que con el paso de las décadas se han ido transformando sus consignas e intereses, además de que existen corrientes diversas que coinciden y se contraponen entre sí; podría afirmarse que sí es un movimiento integral que combate el *sexismo*, es decir, combate cualquier forma de discriminación y/u opresión sufrida por las mujeres con relación a su sexo.

Yo estoy dentro del discurso feminista, pues yo misma me declaro como tal. Creo en la causa, apuesto por ella: en su teoría y en su práctica. Deseo habitar un mundo menos mezquino y terriblemente violento para con nosotras. Veo en el feminismo un movimiento transformador y lleno de esperanza y, no obstante, no estoy dispuesta a defenderlo hasta el final porque no quiero que haya en mí espacio para la ingenuidad, esa que adormece el pensamiento ante el mar de lo asquerosamente obvio, lo *dado*, o por decirlo de otro modo: lo *impuesto*. Deseo agarrar al discurso por el cuello, verlo de frente y preguntarle por sus pretensiones, por sus intereses y por su huidizo poder. Sostengo, además, que se puede efectivamente defender una causa, y al mismo tiempo, ser crítica con ella. Esa es la postura que quiero mantener frente al feminismo: una postura que le pregunta al discurso feminista por sus propios límites y fracasos. Una postura cauta y precavida.

Los discursos *liberadores*, como lo es el feminismo, olvidan demasiado pronto que una vez que se ponen en marcha es difícil que se le cuestionen sus contenidos y sus prácticas, y que, con relativa rapidez, están ya reproduciendo las formas del discurso del poder. Michel Foucault, nos advertía en su texto *El orden del discurso* de los peligros que se esconden y replican bajo la forma discursiva:

Por más que en apariencia el discurso sea poca cosa, las prohibiciones que recaen sobre él revelan muy pronto, rápidamente, su vinculación con el deseo y con el poder. Y esto no tiene nada de extraño, pues el discurso –el psicoanálisis nos lo ha mostrado– no es simplemente lo que manifiesta (o encubre) el deseo; es también (y, sobre todo) el objeto del deseo; pues –la historia no deja de enseñarnoslo– el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, que el poder del que quiere uno adueñarse. (Foucault, 1999, pág. 15)

Foucault lo dice claro: el discurso es el campo de batalla y el tesoro a conquistar. Se desea el discurso porque a partir de él y desde él podemos manipular el mundo, las cosas que existen, las personas que lo habitan. Deseamos el discurso, justamente, porque desde ahí patentamos el poder. Ahora bien, el poder regularmente tiene una connotación peyorativa y desagradable. Creemos que sólo sirve para oprimir y sobajar a los otros, para abusar de ellos. Sin embargo, el poder puede ser entendido también como *posibilidad*. Posibilidad del haber de las cosas. La noción de poder –por lo menos en los planteamientos de Foucault– no tiene una designación nociva o viciada. El poder *es lo que hay*. El poder es efectivamente la condición de construcción del mundo. Y la constitución del mundo, o bien, lo que conocemos simple y llanamente como *realidad* no responde a ninguna estructura, ni a un fin último, ni a un plan humano. Hay lo que hay: y es aleatorio y arbitrario. Por tanto, el poder no es algo que se posee, como se puede poseer una joya o un libro; el poder es algo que se ejerce. Así, cada uno de nosotros estamos entreverados por el poder. El poder que nos reprime, pero que igualmente *produce* mundo. Un poder que genera conocimiento, saberes y ciencia. Un poder que nosotros mismos ejercemos constantemente.

El feminismo, discurso que se denomina a sí mismo como la vía liberadora del patriarcado, olvida que él también ejerce su propio poder. Ejerce un poder que se maquilla como liberación, y nunca como dominación. Pero me pregunto, ¿no será la liberación una forma hipócrita, enmascarada y engañosa de dominación?

Existe este supuesto explícito en el feminismo¹ y que he escuchado y leído en incontables ocasiones (asambleas, marchas, conferencias, twitter, libros, charlas) que sostiene que “*todas* las mujeres del mundo” compartimos la opresión fundamental del patriarcado: él es el enemigo a vencer. Esta última declaración no deja de parecerme sospechosa, banal y poco precisa; porque inmediatamente me pregunto si verdaderamente “*todas* las mujeres del mundo” sufrimos la misma y esencial opresión. ¿Quiénes son *todas* las mujeres del mundo si no unas mujeres fantasmales, sin cuerpo, abstractas; en suma: mujeres que no existen? “Mujeres”, en general, no existe. Existen las mujeres concretas: mujeres de carne y hueso. Cada mujer, inserta en su tradición, su lengua y su cultura, vislumbra y vive diversos horizontes, distintos sufrimientos y peligros, complejíssimas particularidades difícilmente *universalizables* a una misma realidad, o bien, a una misma opresión.

¹ Específicamente en la corriente hegemónica del feminismo que generalmente es identificado como *radfem*: feminismo radical/blanco. “Blanco” aquí no se refiere exclusivamente al color del sujeto que reproduce el discurso, sino también a una corriente de pensamiento, una postura política de creación simbólica y práctica.

Las mujeres no somos todas las mismas, ni sufrimos por las mismas causas. Que el feminismo pretenda que existe una única opresión para todas las mujeres no sólo es falso, sino insensible. Desdibuja y frivoliza opresiones que para un gran número de mujeres fueron y siguen siendo mucho más importantes y vitales que la “opresión sexual”: las opresiones de raza y clase. Además, niega y esconde deliberadamente la dominación que las mujeres privilegiadas (mujeres blancas, más o menos acomodadas, con acceso a la educación y con oportunidades laborales favorables) han ejercido sobre las mujeres periféricas e invisibilizadas: las mujeres negras, las pobres, las transexuales y las prostitutas.

Desde el inicio, el feminismo hegemónico rara vez ha prestado atención a los problemas de raza y clase, no ha querido cuestionar si su perspectiva de la realidad de las mujeres se adecua o no a las experiencias vitales de las mujeres como colectivo. El sexismo como sistema de dominación está institucionalizado, pero jamás podrá determinar de forma absoluta el destino de todas las mujeres del mundo. Así, con este discurso, el feminismo *hegemónico* o *radical* –como algunos lo llaman– ha instaurado una nueva forma de poder, un poder que les dictamina a las mujeres las opresiones que deben sufrir, que les susurra al oído los peligros que tienen que combatir, los enemigos que deben vencer, las cosas que les está prohibido pensar o decir. El supuesto discurso de liberación se ha convertido ahora en un dispositivo de dominación. Una dominación de mujeres para con otras mujeres. La urgencia de repensar el feminismo es la urgencia de repensar el poder que detentan *algunas* mujeres sobre la inmensa cantidad de experiencias diversas de *ser mujer*. La urgencia de tener una postura crítica frente al feminismo es la urgencia de dejar de pensar que existe un discurso que puede –de hecho– *liberar* a las mujeres de todos sus males. Que hay un discurso que puede abarcarlo todo.

Si el feminismo quiere transformar la vida de las mujeres, es urgente que asuma su propia contingencia, su finitud, sus límites. Sus terribles fracasos y violencias. Si el feminismo quiere hacer algo por las mujeres que dice “liberar”, tiene que recordar que el poder tiende a repetirse, que se reconfigura siempre de los modos más insospechados, y que puede ser él mismo –el feminismo– la jaula de la cual muchas mujeres desean huir. Se trata de aprender a habitar este mundo, de asumir el poder que ejercemos sobre las y los demás. Porque de no asumirlo, estamos frágilmente expuestos a detentarlo de las maneras más violentas, crueles e irresponsables.

Si el feminismo quiere ser un discurso liberador tiene que asumir la tarea, fatigosa, exigente y profundamente honesta, de saberse un discurso de poder.